

O todo o nada

(Se acaba la liga I)

Lunes, 11:32 h.

Desde el despacho de López, ubicado en lo alto del nuevo graderío construido por el holding Industrias López en el estadio municipal, se veía el césped del campo en toda su extensión. La tranquilidad que a esas horas se respiraba allí encontraba su sentido en el olor a hierba recién segada. Antes del amanecer los aspersores había regado la manta verde. Ahora, a media mañana, el jardinero jefe segaba la superficie de juego. El ruido del motor de la segadora no llegaba a la oficina, protegida del exterior por una gran cristalera, pero el aroma se filtraba por los orificios de ventilación invadiendo la estancia. Una moderna persiana dotada de un silencioso motor se baja los días de partido...

Los días de partido... Aquello sacó a López de su ensoñación. Era lunes y el domingo, engañosamente, aún quedaba lejos; la semana se preveía intensa. El Rayo no había pasado del empate este fin de semana, lo cual puso la liga de segunda división al rojo vivo. Este año la LFP había decidido que los dos primeros ascendieran directamente, y el tercero y el sexto jugaran una eliminatoria a doble partido para que el vencedor acabara jugando el ascenso contra el campeón del enfrentamiento entre el cuarto y el quinto.

—¡Ah!, Basáñez. Pase por favor.

* * * * *

Lunes, 23:34 h.

» El Rayo, nuestro Rayo de Mospintoles, ¡quién nos lo iba a decir al comienzo de la temporada!, cuando cayó derrotado por 5 a 1, está a punto de lograr un hito histórico para un equipo debutante este año en la categoría –Susana Crespo estaba al frente de los micrófonos en Radio Mospintoles.

» Jugar la fase de ascenso ya sería un éxito suficiente como para sentirse satisfechos, pero nuestros muchachos han demostrado no ser conformistas y no arrugarse ante nadie.

La música de The Mamas and the Papas invadió las ondas. El formato que había buscado Susana para su microespacio en Radio Pelota era una bocanada de aire fresco para lo que se acostumbraba en aquella casa.

» Ha sido una lástima el empate cosechado por el Rayo en el último partido, pero ahora, a falta de una jornada, hasta cuatro equipos entran en liza por la sexta plaza. No olvidemos que el Rayo jugará su último partido de la liga

regular en casa contra un ex-primera que está en racha: viene de ganar sus últimos cinco partidos.

La canción volvió a apagar la voz de la periodista. Tras un lapso Susana volvió a asumir la dirección del microespacio creado por ella misma tras la destitución de Evaristo para otorgarse el protagonismo de un editorial. Siempre con el beneplácito de López, quien se había convertido en su protector... y algo más.

» No es necesario echar cuentas para ver que un empate el domingo no servirá a ninguna de las dos escuadras. Es por ello que viviremos una nueva final, algo a lo que últimamente nos tiene habituados el equipo de Piquito y Chili –Piquito también tenía su huequecito en la vida de Susana... Y Sebastián Matute, aquel hombre recio que la había salvado... y es que últimamente Susana estaba demasiado comprometida, volando cual polilla cerca de la llama (otros sin duda no utilizarían un circunloquio eufemístico tan poético).

» ¿Quién ha olvidado la euforia desatada en Mospintoles el año pasado...? Pero muchos no pudimos vivir, hace ahora cuarenta y una ligas, el partido en la cumbre que se disputó en Mospintoles contra el Alcorcada de aquellos años. Y para retrotraernos a aquel otro momento maravilloso de la historia del Rayo tenemos hoy a un invitado de gala, todo un estudioso de la historia futbolística de Mospintoles. Esta noche está con nosotros Roque, el simpático árbitro que todos conocemos como agente de la Policía local de nuestra ciudad. Con nuestro amigo Roque reviviremos aquel mágico gol de Francis, nuestro Francis, querido por todos... Francis, que sepas que no te olvidamos, y esperamos de todo corazón que pronto se arregle todo. Nos gustaría que estuvieras el domingo en las gradas del estadio municipal compartiendo nuestra dicha... –Susana se había metido ella solita en un tapiado callejón.

» Pero a todo llegaremos tras los buenos consejos del patrocinador de este espacio.

* * * * *

Martes, entrenamiento matutino del Rayo

Piquito se había rezagado al salir del vestuario; esperaba hablar a solas con Metzger. El alemán había entrado en la vida del chaval por una puerta lateral, y todavía no estaba muy clara la relación que mantenía con su madre, ni se sabía nada de la vida privada de Metzger en Alemania. Inma, la madre de Piquito, le había dicho a su hijo que tan sólo quería disfrutar de una grata compañía, pero a Piquito aquel vis a vis no le agradaba del todo. Aunque por otra parte...

El alemán se había dado cuenta de las reticencias de Piquito –ya llevaba cinco meses cortejando a su madre– y rehuía cualquier oportunidad de quedarse a solas con el chico, que también tenía su carácter. Esta vez no le iba a ser sencillo, pues ambos estaban solos en el vestuario.

—Metzger, no te vayas –pidió Piquito, que vio que el alemán, tras mojarse la melena, salía de las duchas con una carrerilla.

—Piquito... que llegamos tarrnde a entrrienarr...

—Oye, dime tú una cosa: ¿has oído algo de los maletines?

—¿Qué cosa serrr maletines, Piquito?

* * * * *

Martes, última hora de la tarde

Sebas había acudido al Bar Manolo antes de cenar, lo que había empezado a ser costumbre desde que los tres asistieron a aquella velada de boxeo. Estaba enfrascado en un soliloquio tratando de convencer a Manolo. A don Faustino la verdad es que aquel debate le daba igual. Para algunas cosas practicaba la indolencia. Y ahora que iba a ser nombrado concejal parecía que su actitud ante lo que le rodeaba había cambiado de distante observador a gurú omnisciente.

—A mí que no me jodan; el Rayo no tiene pasta para mantenerse en primera y subir sería una hecatombe. Los rivales del próximo domingo eran ‘primeras’ la temporada pasada y querrán asegurarse el puesto. Y tienen pasta para repartir. Aquí tiene que haber maletines, y si yo fuera López les diría a los chavales que cogieran la pasta y que no corrieran.

—¿Pero tú sabes lo que estás diciendo, alma de cántaro? –Manolo no podía dejar de ser socarrón e hiriente a la vez.

—Seguro que don Faustino sabe algo... Que te lo diga él. Ahora que tiene un pie en el ayuntamiento ya dispone de información, ¿eh don Faustino?

—A mí dejadme en paz con vuestras cuitas. Además, aunque gane el domingo, el Rayo aún tiene que jugar la promoción y ganarla.

—¡Anda, leche! ¿Y desde cuándo entiendes tú “tanto” de fútbol? –a Manolo no le pasó desapercibido el “análisis” futbolero de don Faustino.

—Es lo que yo te digo, Manolo –atajó el parlanchín Sebas–. Una vez que entras en el ayuntamiento todo es información que la gente se pega por comunicarte para quedar a bien contigo. Y la información da poder. Habrá que cuidarse de don Faustino a partir de ahora.

El viejo profesor siguió componiendo en el tablero una posición de ajedrez retrospectivo para enviar a una web que había descubierto navegando por la Internet. Ahora que estaba a punto de entrar en el Ayuntamiento, el fútbol seguía sin remover en él un ápice de pasión... y sí un poquito de aversión.

* * * * *

Martes, primera hora de la noche

—Tome asiento, por favor, Basáñez –el factótum había acudido a aquella reunión para dos convocada justo cuando marchaba a su casa. Sabía... casi sabía con certeza lo que había rondado por la mente de López durante el lunes pasado y todo el día del martes–. Tenemos que tomar esta noche mismo una

decisión importante, trascendental para nuestros intereses. Y obvia decir que nadie más debe saber nada.

Basáñez era consciente de que a aquellas horas no quedaba nadie en el soberbio edificio que formaba la nueva grada. Tan sólo Núñez, el eficaz guarda de seguridad que hoy tenía turno de noche. Y estaba en su puesto, en la entrada.

—El domingo nos jugamos todo a una carta. O casi todo. En caso de salir victoriosos aún nos quedará jugar la promoción. Un mes más de campeonato que retrasará nuestra siguiente pretemporada, estemos o no en primera –y López aquí hizo una pausa, más para ordenar sus ideas que para impresionar a Basáñez. También López intuía que Basáñez sabía lo que había rondado por su cabeza–. Sinceramente no creo que tengamos presupuesto suficiente para mantenernos una temporada en primera. El hecho de subir nos forzaría económicamente, trayendo refuerzos, y si finalmente no nos mantenemos, arrastraremos una deuda de vuelta a una segunda división de la que sólo entonces sabremos que no debimos haber salido.

—Siempre podemos jugar para subir, y una vez demostrado nuestro potencial, renunciar al ascenso –Basáñez sabía la tontería que acababa de decir.

—¿Se ha vuelto usted loco... o qué! Si logramos el ascenso nadie en Mospintoles entenderá que renunciemos a él. Los primeros en hacérselo saber serán nuestros patrocinadores, luego la afición... ¿Es que no recuerda que caímos sobre el alcalde saliente con el mismo argumento, cuando le planteamos renunciar a jugar en segunda?

—Lo sé muy bien, López. Pero usted no esperaba una respuesta. Usted ya tiene todo decidido, y, la verdad, ya me estoy cansando de que me utilice como pozo de las confesiones. Si tiene tomada la decisión, adelante. Pero no busque en mí un cómplice.

Por un momento López quedó aturdido ante la franqueza con que se producía Basáñez, pero supo guardar las formas.

—Lo siento, Basáñez. ¿Pero qué otra cosa podemos hacer? Subir ahora a primera será la ruina económica del Rayo, aunque consiguiéramos mantenernos un año. La plantilla actual es corta para un calendario tan exigente como el de primera. Y una serie de fracasos seguidos al comienzo nos hará entrar en una dinámica derrotista de la que sabe usted que es complicado salir.

—Centrémonos; usted me ha llamado para proponerme que el equipo renuncie a ganar el partido del domingo. Cayendo derrotados este fin de semana los chicos se tomarán unas merecidas vacaciones, y retomaremos con normalidad nuestra rutina a finales de julio.

—¿Cómo les decimos que se dejen ganar? No tengo pensando primarles por perder.

—No sería mala idea... –se permitió ironizar el abogado de la firma– pero no podemos hacerlo. Además, hay mentalidades que no entenderían una posición tan pragmática: Piquito, Metzger, Chili...

- Piquito sobre todo. Si se entera de que manipulamos la situación para no jugar en primera, apuesto a que deja el equipo.
- No puede, tiene contrato en vigor...
- Ese chaval... no conoce usted sus genes, Basáñez. Sería capaz de pasar dos años en blanco sin jugar al fútbol para fichar luego por otro equipo.
- Lo cierto es que hemos creado un grupo con mentalidad ganadora. No podemos ahora decirles que se dejen ganar. Ninguno lo entendería.
- Pero nuestros rivales del domingo... No me joda, Basáñez. Apuesto a que ya les han contactado para ofrecerles algún maletín.
- ¿Y qué quiere que haga?
- Pues que les diga que cojan el dinero y no corran...

* * * * *

Miércoles, 11:30 h.

Los jugadores están reunidos en el vestuario. Ha corrido el rumor de que alguien prima por perder y que además la gerencia del Rayo no desea subir a primera... lo que ven como un suicidio deportivo. En el vestuario hay gente razonable, los más veteranos, y otros mucho más viscerales, los más jóvenes. Sin embargo Chili se mantiene al margen. Es Piquito quien se está dejando llevar por la pasión:

- No me toquéis los huevos. Hemos *luchao to's* juntos *to'a* la *temporá pa'qué*, ¿*pa'* rendirnos sin llegar a la meta? Nos lo hubieran dicho hace seis o ocho partidos y no hubiéramos *metío* la pierna. Yo, si no luchamos *pa'* subir, el año que viene me voy.
- ¿Y adónde? –incurrió el capitán a Piquito–. Tienes contrato para dos años más y no te van a dejar marchar por la cara.
- Pues me paso dos años sin jugar... A mí nadie me *pué* obligar a jugar si no quiero. Que no me toquen las pelotas o verán.
- No se trata de lo que tú quieres hacer, Piquito, sino de lo que el equipo quiere hacer –era otro de los veteranos quien ahora hablaba–. Hemos de decidir juntos y enviar un mensaje a la directiva, o a López, que apuesto a que esta maquinación parte de él.
- ¿Pero sabemos si el otro equipo ha ofrecido dinero y cuánto? –preguntó uno de los que habían llegado al equipo esta temporada.
- Sí, algo han ofrecido. Seis mil euros por barba si no ganamos –confirmó el capitán del equipo.
- ¿Y con quién han contactado? –quiso saber otro de los recién llegados.
- No creo que eso sea necesario saberlo. A mí, como capitán, me lo ha trasladado alguien a quien doy crédito.
- ¿Alguien de nosotros? –quiso saber, terco, el mismo de antes.
- Basta. Eso ahora no importa –el capitán oficiaba como se esperaba de un líder.
- Yo digo que no –Chili tomó la palabra por primera vez para romper aquel rifirrafe.
- Y yo no tampoco –Metzger también opinó.

—Conmigo no contéis –Piquito volvió a dar su opinión en el momento menos indicado–. Ya podéis todos ir al paso de la tortuga que yo no quiero la pasta. Correré yo solo si hace falta, con Chili y con Metzger.

Hubo un breve silencio, luego el capitán volvió a tomar la palabra:

—Entonces seremos cuatro los que correremos.

—¡Cinco!

—¡Seis!

—Yo también pienso correr y meter la pierna... Que se jodan...

—¡Yo también quiero ganar!

—¿Entonces todos de acuerdo? Renunciamos a perder –el capitán tomó la palabra por los indecisos–. ¿No querían un equipo de ganadores? Pues aquí nos tienen. ¡Esto es el Rayo!

* * * * *

Miércoles, 14:23 h.

Basáñez entró al despacho de López sin llamar. Sabía que le estaba esperando. Cerró con el seguro la puerta a fin de no ser interrumpidos.

—Han dicho que jugarán para ganar.

—Es lo que quería oír de mis chicos. Ahora sé que son unos ganadores natos. Pero... no va a poder ser.

—¿Y qué hacemos, López? Ganar el domingo supondrá alargar la temporada innecesariamente... Y estos son capaces de ganar y subir a primera...

—Antes hemos de pensar en los pros de perder el domingo. Si el domingo la pifiamos me quitaré de encima al míster. Se le dio una prórroga en aquella reunión, gracias a usted...

—¿Y quién iba a pensar el verano pasado que sacaría el equipo adelante? Además, cayeron derrotados escandalosamente en el primer partido. Pero luego el tipo supo hacerse con las riendas del vestuario, del juego, del equipo... ¿Está seguro de que no lo quiere?

—Lo que no quiero es que el estúpido de Pedregal se esté llevando la comisión delante de mis narices. Y necesitamos un entrenador mejor.

—¿Tiene alguien en mente?

—¿Qué le parece Clemente?

—Pero si es el seleccionador de no-sé-qué país africano...

—Apostaría a que tiene ganas de volver a España... O Azkargorta...

—Pero si le va de maravilla como comentarista...

—Apostaría a que le pica el gusanillo de volver al banquillo...

—¿Pero es que le ha dado ahora por los vascos?

—O por los Javier...

Basáñez se pasó la mano por los ojos en un gesto que le caracterizaba:

—Está usted haciendo un asunto personal de la cuestión del míster, lo que nunca se había permitido antes. Y menos atentando contra sus propios intereses; cuando algo está funcionando su lema ha sido siempre no tocarlo.

—No sé qué me pasa, Basáñez. Este asunto de la primera me tiene trastornado...

—¿Ha pensado que ésta puede ser la oportunidad de nuestra vida? Si ganamos el domingo tendremos un boleto para subir a primera, y nuestros chicos pueden hacerlo. Juguemos ese partido, y si lo ganamos, ya veremos después.

—No podremos renunciar a jugar la fase de ascenso, y usted lo sabe tan bien como yo. Como no podremos renunciar a jugar en primera si logramos el ascenso.

—Si dejamos escapar este tren quizá no se nos vuelva a presentar jamás. Yo creo que podemos subir... Y si lo hacemos, creo que podemos mantenernos en primera e irnos haciendo a la categoría. No descenderemos, y el dinero comenzará a fluir hacia nuestras empresas, López.

—¿Usted cree?

—Sí. Pero sólo lo creo. No tengo la certeza. No lo olvide más tarde.

—Hemos de tomar una decisión aquí y ahora. O renunciemos a ganar el partido del domingo, y manipulamos lo que haga falta en esa línea de actuación, o apostamos fuerte por ese partido y los que vengan detrás. Habrá que gastarse un dinero que ahora mismo tiene otro destino exento de riesgo. Si jugamos a ganar, hay que subir como sea... No quiero reparar en gastos. Pero hemos de tomar la mejor decisión para nuestros intereses, que son los del Rayo, no para los intereses del equipo o los intereses de los jugadores. Ellos no arriesgan su dinero, al contrario, nos lo exigirán si no sabemos gestionar adecuadamente.

* * * * *

Miércoles, 23:37 h.

» Una de las ventajas de trabajar en un programa de radio nocturno es que hay ocasiones en que podemos dar las noticias de mañana. La Junta Directiva del Rayo de Mospintoles ha hecho llegar a esta redacción un comunicado que mañana podrán leer nuestros oyentes en la prensa comarcal y deportiva.

Jacinto, que había sido hasta hacía poco el segundo de Evaristo en la sección deportiva de Radio Mospintoles, torció el morro. Susana no le había dicho nada del comunicado antes de comenzar el programa. Ese López... siempre favoreciendo a esta putita. El programa, "Radio Pelota", había sido hasta ahora un trabajo de equipo. Pero estaba quedando claro que la negrita ésta iba por libre. Una vez defenestrado Evaristo, ¡a ver cuánto duraban los que le habían sido leales!

» Dice así: "La Junta Directiva del Rayo de Mospintoles, ante el crucial partido del próximo fin de semana, que puede catapultar a nuestro equipo a los puestos de promoción, ha decidido volcarse con sus propios medios en el apoyo que sin duda precisará la plantilla. Es por ello que a primera hora de mañana jueves el equipo y el *staff* técnico al completo partirán a una concentración especial que les permita alejarse del foco de tensión en que a buen seguro se convertirá Mospintoles, para afrontar las jornadas de

entrenamiento en un marco de tranquilidad y sosiego con garantías de ejercitarse en las más óptimas condiciones. Rogamos tanto a los aficionados como a los profesionales de la información respeten nuestra decisión absteniéndose de perturbar la paz de la concentración por el bien del Rayo y por el bien de Mospintoles. Nuestro destino de concentración será...”.

Susana estaba leyendo la nota directamente desde la pantalla del monitor del ordenador que había en su cabina, sin haber podido ojearla antes. López la había llamado por teléfono justo antes del inicio del programa dándole instrucciones para que leyera en antena la nota de prensa que encontraría en su correo electrónico. Pero llegada a ese punto no pudo evitar el silencio y la desafortunada expresión que siguió a éste:

» “Nuestro destino de concentración será...” ¡Santo dios...! ¡Se van a la misma ciudad de nuestro rival del domingo!

Una oportuna canción de Bruce Springsteen apagó cualquier voz posterior que pudiera haber salido de la cabina. Jacinto, en cuanto la música inundó las ondas, entró con tiento en la cabina número 2 donde estaba Susana, todavía medio aturdida por su falta de profesionalidad. Incrédulo, solicitó con educación ver el correo electrónico.

—¡Este tío se ha vuelto loco! O es muy listo o se ha vuelto completamente majara. Esto es una provocación en toda regla... Y encima –Jacinto terminó de leer el comunicado mientras la voz de The Boss alegraba aquellas horas próximas a la medianoche–: “El equipo regresará a Mospintoles en la tarde del domingo a las 18:00 horas”. ¡Joder!, pero si ni siquiera los rivales viajarán con tan escaso margen. Los va a hacer bajar del autobús directamente para jugar el partido...

* * * * *

Jueves, 08:02 h.

Para disipar cualquier tipo de duda López había pasado buena parte de la tarde del miércoles con Felipe Quiñones, el jefe de deportes de El Herald, diario que se distribuye en todo el cinturón metropolitano sur de Madrid. Al día siguiente de la lectura del comunicado en Radio Pelota, El Herald anunciaba en portada una entrevista a López, a la que se le daba un tratamiento especial en el interior: nada más y nada menos que las dos primeras páginas de la sección deportiva.

En ella López hablaba de la trayectoria del Rayo, y sin pelos en la lengua recordaba a los lectores la dedicación personal y económica que él había tenido con el equipo de la ciudad, ascendiéndolo con paso firme hasta la división de plata del fútbol español. A la conclusión de la entrevista López exhortaba a sus muchachos a un esfuerzo extra al final de la temporada, añadiendo que sabría recompensar convenientemente la consecución de un objetivo que si bien era

impensable al inicio de la liga, en estos momentos “y por méritos propios de los jugadores” está al alcance de nuestra mano:

» “Jóvenes guerreros mospintoleños, no desfallezcáis ahora en la lucha porque vuestro pueblo espera de vosotros el máximo sacrificio; sabemos de vuestro compromiso con los colores del Rayo y estaremos junto a vosotros para redoblar vuestro aliento. Adelante, Rayo de Mospintoles”.

—Es más una arenga político-militar que un discurso deportivo –Sebastián Matute tenía la sana costumbre de desayunarse en su casa en compañía de su bella mujer, que estaba a punto de tomar posesión de la Alcaldía de Mospintoles, y había leído el párrafo en voz alta.

María vertió el café sobre la taza de Sebas mientras miraba a su marido con cara de indiferencia. Estaba empezando a darse cuenta de la capacidad de López para manipular la información pública, sólo comparable a la de ella misma... o quizá superior. No sabía aún si ver a López como un enemigo o como un aliado. Ya habían pasado cinco meses desde el cotillón de año nuevo y era notable que desde aquella noche López había iniciado con ella una lenta pero continua táctica de seducción. Ignoraba aún si el flirteo iba dirigido hacia su persona o hacia la futura alcaldesa. Tonta sería si se dejaba embaucar por un donjuán de tres al cuarto... Antes haría pasar a López, y a todo su aparato corporativo, por algunas necesidades de... partido.

—Este tío se lo está creyendo –prosiguió Sebas sin levantar la vista del periódico y alentado por el silencio de su mujer–. Acabará siendo un caudillo, si no lo es ya...

—¿Qué quieres decir?

—Que Mospintoles es demasiado pequeño para este jeque de las finanzas. Acabará comiéndose al mismísimo Ayuntamiento. Ya puedes andarte con ojo con ese tipo. Tiene mucho carisma pero rara vez va de frente... Siempre guarda algo en la manga para sí. Un tipo de estos es muy peligroso, y si le das la mano luego debes contar tus dedos.

—Y todo eso lo coliges de la lectura de una entrevista en el periódico... Pues a mí me parece que sólo piensa en su equipo... Es un ganador nato. Tiene dinero a su disposición y sabe emplearlo para sacarle provecho. El año que viene, con el Rayo en primera, multiplicará el valor de sus empresas.

—Eso será si sube.

—Ya salió el forofo del Barça.

—No... Ya salió el entendido en fútbol de esta casa. Aunque gane el domingo aún le quedarán tres finales por disputar... y ganar. Pero parece que ahora que vas a ser alcaldesa, ya sin remedio, te ha sido dado entender de fútbol... Es curioso cómo los políticos, en cuanto os crecéis, creéis entender de todo lo que antes ignorabais.

María se levantó con su café con leche y se fue al salón dejando a Sebas solo, sentado a la mesa de la cocina. «...¡Oh!, la cocina no, el *office*; ahora que ésta va

a ser la casa de la alcaldesa no podemos tener cocina como tienen los demás...», pensó Sebas para sus adentros, satisfecho de haber ganado esta escaramuza. Aunque sabía que su campaña de acoso personal a María no iba a dar fruto alguno...

Matute continuó leyendo El Heraldito. Aparecía una columna firmada por Comanche. Ahora, tras su relación con Susana, sabía que éste era el seudónimo de la guapa periodista. Había jurado guardarle el secreto. Pero para decepción de Sebas, Comanche alababa la decisión de López. Era muy curioso que Susana hubiera cometido esta torpeza. La columna de Comanche siempre destilaba tintes críticos, a veces sutiles ironías. Para escribir lo que Sebas estaba leyendo, Susana podría haber firmado con su nombre, y todo el mundo lo hubiera aceptado porque sabían que era la Redactora Jefe de La Nueva Tribuna, el brazo informativo del Rayo... Pero claro, en El Heraldito Susana sólo firmaba con su nombre las noticias que no eran deportivas. Tenía un acuerdo de no escribir del Rayo con su propio nombre... Quizá López la hubiera obligado, el muy marrano, a escribir esa columna... Lo cual indicaría que López se guardaba algo en la chistera... ¿Pero qué...? ¿Y no estaría yendo muy lejos en el terreno de las suposiciones, sólo por una columna de Comanche en la que exponía la gallardía y el arrojo de López llevando la provocación al extremo de alojar al Rayo en la misma ciudad del rival?: "Todo un golpe de efecto para redoblar la presión sobre los rivales, sólo al alcance de un genio", concluía Comanche... Humm... quizá fuera cierto y sólo él viera fantasmas donde no había más que torpeza o ganas de destacar en la prensa. Sí, eso debía ser. Dado que no era torpe, López había decidido sacar provecho mediático de la situación. Ganara o no ganara el Rayo se iba a hablar del equipo en toda España habida cuenta de lo que era una provocación en toda regla... En eso no se equivocaba Comanche, digo... Susana, digo... Comanche.

* * * * *

Jueves, 08:30 h.

El periódico, tras ser plegado, cambió de manos. Los jugadores del Rayo, algunos de muy mala gana, subían de uno en uno al *autopullman* del equipo, que tras un trayecto nunca superior a las tres horas les dejaría en el hotel de destino. En el programa constaba, nada más llegar, una corta sesión matutina de carrera continua, estiramientos y algo de gimnasio a fin de reforzar la musculatura posterior, luego la comida, una pequeña siesta, una charla táctica, el entrenamiento de la tarde, ducha, cena, otra charla de equipo, y a la cama para levantarse al día siguiente a las 07:00 h. y comenzar el día con carrera continua tras un frugal desayuno... Y así hasta la mañana del domingo, todo estaba programado.

Algunos jugadores veían que sus rutinas habituales habían dejado de ser tenidas en cuenta sin ni siquiera interesarse por su opinión, y se preguntaban si este hecho no les generaría más estrés que tranquilidad, habida cuenta de que no

estaban acostumbrados a concentraciones superiores a medio día... la mañana antes del partido.

72

La primera final

(Se acaba la liga II)

Sábado víspera del partido

La concentración se les había hecho larga y tediosa a la mayoría de los componentes del equipo; sencillamente, no estaban acostumbrados. Muchas horas muertas y muchas horas hablando de lo mismo, viendo a las mismas personas. Se planteó salir la noche del viernes a la ciudad cercana –se hospedaban en el extrarradio– a tomar una copa y divertirse un rato, pero el míster había vetado la ocurrencia. Resentidos, un grupito se escapó tras el toque de queda y, como era de prever, se liaron y no volvieron hasta bien entrada la noche.

Por la mañana su rendimiento bajó notablemente, y sus ojeras los delataron. Hubo un revuelo en la dirección técnica del Rayo y se propuso apartarlos del equipo. Pero era una locura... Si se habían concentrado para ganar el último partido de la liga no tenía sentido auto-incautarse cuatro buenas armas para ese encuentro.

El malestar fue general, y en la charla antes de la comida hubo un cruce de acusaciones. Finalmente acordaron que la sanción sería económica, puesto que eran profesionales. La herida se cerró en falso, y en el entrenamiento de la tarde los nervios afloraron, produciéndose un conato de tángana en el que participaron hasta seis jugadores. La concentración apuntaba a convertirse en un desastre, si es que no lo era ya.

En Mospintoles, ajenos a todo aquello, se vivía una ola ascendente de emociones desbordadas, pasiones desmedidas, patriotismo chico, nervios, expectación... La gente chillaba en la calle más que hablaba, el griterío de los niños era constante, se asistía a una peligrosa exaltación de los ánimos, una histeria colectiva creciente, y aún se llegaría al paroxismo en la tarde del domingo.

Pero todavía era sábado y nadie tenía noticias de los valerosos milicianos mospintoleños que habían partido a fin de mejorar su rendimiento. Los rivales, atentos a devolver la pelota de la provocación, habían llegado a Mospintoles el mismo sábado por la mañana, y se ejercitaban ahora en los campos de entrenamiento del Rayo, hollando así sus cuarteles, tras conseguir el permiso forzado del Ayuntamiento. Un nutrido grupo de curiosos había acudido a ver el

entrenamiento de los foráneos, pero fueron rechazados porque su míster había decidido hacerlo a puerta cerrada.

—¡Esto no se puede consentir! Somos de Mospintoles y no pueden prohibirnos entrar en nuestras instalaciones –gritaba desde la calle un ciudadano indignado.

—Vamos por el complejo deportivo. Quizá podamos alquilar el otro campo para jugar una pachanga. A ver quién nos dice que no podemos dejar de jugar y mirar.

Aquello amenazaba con un motín ciudadano. Parecido al que don Faustino estaba sufriendo a manos de Said.

—¡Abuelo! Yo quiero ir a ver el partido. Vamos a por unas entradas. Venga, vamos ya.

—No Said, esta vez no vamos a ir –don Faustino no quería ni oír hablar de la reventa; eso si es que quedaban aún entradas sin vender.

—Pero yo quiero ir. Todos van a ir. Y nosotros tenemos que ir.

—No quedan entradas ya, Said. Pero te aseguro que esta vez a mí también me gustaría verlo.

—Pero quizá haya alguien que tenga entradas y no pueda ir a verlo... –Said no se daba por vencido. En su mente infantil ya intuía que las cosas se compran y se venden por un precio.

—Te diré lo que vamos a hacer, que me saldrá más barato... y será menos peligroso... y menos tóxico para ti. Voy a comprar un televisor de plasma y veremos el partido por TeleMadrid, con bocadillos incluidos. Y pondré un *subwoofer* si es necesario, que no sé qué diablos es, pero me ha dicho Manolo que da resultado para crear ambiente.

—¿Y va a venir el tito Manolo?

—Podemos invitarle, y que traiga él los bocadillos. Pero a lo mejor tiene mejores cosas que hacer...

Domingo de partido

Por la mañana Mospintoles se despertó engalanada con los colores azul y amarillo del Rayo. Había una banda tocando en las inmediaciones del estadio desde bien temprano, y López había pagado a otras dos bandas de pasacalles para que amenizaran la zona de bares y circularan por las más concurridas arterias de la ciudad. Habían vuelto a contratar aquel autobús de dos alturas y se repartían pegatinas y pósteres del equipo. La tienda del club estaba abierta, e hizo una caja importante. A pesar del buen tiempo se agotaron las bufandas, y las gorras y las camisetas. Las más demandadas eran las de Piquito y Chili, y la de Metzger se agotó después.

A las doce en punto hubo una traca con cohetes desde la plaza del ayuntamiento, y el estruendo duró por espacio de veinte minutos. Los vecinos más jóvenes circulaban con las ventanillas de sus coches abiertas y la música a todo volumen con el himno del Rayo. De repente un griterío ensordecedor se dejó sentir en las inmediaciones del ayuntamiento tras la traca final. Estaban

colgando una gran pantalla de unos mástiles en los que nadie había reparado. La música, especialmente alta, atronaba desde unos enormes altavoces. Una vez instalada la pantalla gigante comenzó a visionarse un vídeo con la historia del Rayo, que se vendía al precio de veinte euros. Luego se comenzaron a retransmitir las imágenes del partido del año pasado, el partido en el que el Rayo logró el ascenso a segunda con aquel hat-trick de Piquito. La voz del comentarista resonaba en la plaza del ayuntamiento. La multitud que allí se iba congregando sabía que debían aguardar a la segunda parte para asistir a la remontada, y cuando por fin llegó chillaron, saltaron y se abrazaron unos a otros como si fuera la primera vez que vivían aquel partido. Los hubo incluso que, dejándose llevar por la emoción, lloraron de felicidad a lágrima viva.

En la concentración del Rayo las cosas se habían distendido un tanto con la llegada del domingo. Por la tarde jugarían el partido de sus vidas. Otro partido de sus vidas. Y luego, en caso de victoria, aún vendrían tres más.

El equipo se había ejercitado levemente por la mañana para desentumecerse. Ahora paseaban por los jardines del hotel. Había vuelto la calma, o al menos eso parecía, y comenzaban de nuevo, tímidamente, las bromas entre ellos.

A la concentración del Rayo habían acudido, además del cuerpo técnico, el médico del equipo y el fisioterapeuta. El médico había hecho el pertinente estudio bromatológico de los menús, el fisio había trabajado horas extras por las noches a fin de recuperar algún lesionado, pero sobre todo relajando tensiones acumuladas en las cervicales y en la parte alta de la espalda: el SPA del que disponía el complejo hotelero en el que se hospedaban no había sido suficiente para descargar estrés, aunque fue muy celebrado por todo el conjunto. El utilero del equipo se había encargado de la logística, pero hubo de hacer un par de viajes a Mospintoles durante la concentración a fin de tenerlo todo a punto aquí y allí.

De Mospintoles llegaban noticias... La gente se había vuelto loca y sólo se hablaba del Rayo y del partidazo de la tarde. Se cruzaban apuestas sobre el resultado, las cuales daban como favorito al Rayo. Al final había sido buena idea alejarse de Mospintoles.

Llegó la hora de la comida. Ante cada plato, como cada día, había en el vaso una pastilla de vitamina C efervescente. Aquello prevenía a aquellos apolíneos héroes de atrapar un inoportuno resfriado merced a una bajada de las defensas propiciada por el estrés, la tensión, el nerviosismo... El doctor se ocupaba hasta de los más leves detalles, siguiendo instrucciones directas de López.

Mientras el equipo tomaba asiento en el comedor reservado en exclusiva para los componentes del Rayo, en la cocina tenía lugar una curiosa escena.

En tanto los cocineros se desenvolvían en sus quehaceres el jefe de cocina entró acompañado de alguien a quien indicó dónde se encontraba el agua destinada a la comida del Rayo. En una esquina estaban los cinco paquetes de seis botellas de litro y medio cada uno reservados para la vitualla de ese día. Este agua era de una marca que había sido traída expresamente desde Mospintoles, a fin de evitar alguna intolerancia inesperada.

Dicho personaje, sin que nadie le prestara especial atención, colocó las botellas sobre una encimera de acero inoxidable y acto seguido fue pinchando con la aguja de una jeringa uno a uno cada tapón de cada botella. Parsimoniosamente, en cada una vertía la mitad del líquido transparente que había extraído previamente de una ampolla. Concluida la operación, sin ni siquiera haber rasgado el plástico de cada paquete, dejó las botellas sobre la encimera y recogió su pequeño maletín. Cuando marchó pudo oírse un comentario entre los pinches de cocina:

—Para que luego digan que no hay dopaje en el fútbol...

—Nosotros a lo nuestro, que es la cocina. No nos pagan por cotillear –sentenció el jefe de cocina.

Concluida la tempranera comida –no eran las 13:00 h. cuando se levantaron de la mesa– los jugadores fueron a sus habitaciones para descansar antes de partir rumbo a Mospintoles, rumbo al punto del conflicto. La gerencia del hotel había accedido, a cambio de moneda corriente, a reservar las habitaciones del Rayo hasta las 15:00 h.

Minutos después de esa hora todos sin excepción estaban haciendo cola ante el autobús de superlujo que les llevaría de vuelta a Mospintoles. En el autobús, destinado exclusivamente a los jugadores y el míster, podrían ir descansando plácidamente, y el conductor tenía orden expresa de no superar los 80-90Km/h a fin de no alterar el ritmo de nuestros gladiadores con sacudidas innecesarias.

Tras un descansado viaje, el equipo llegaba a Mospintoles casi con tres cuartos de hora de adelanto sobre el horario que López había anunciado en su nota de prensa. Aquello pilló desprevenida a la comitiva de recibimiento que les estaba aguardando. La noticia circuló como la pólvora por la ciudad, pero para cuando quisieron organizarse los jugadores ya se habían introducido en el estadio.

—Este López siempre se guarda un as en la manga, ¡hay que joderse! –expresó su queja uno de los ultras más activos.

—Quizá sea mejor así... Si realmente están *concentraos*, mejor que nada les distraiga –remató un compañero.

A la hora del partido el estadio estaba lleno a rebosar. La música, el colorido, el estruendo de cohetes y petardos... El inusual despliegue policial –el partido había sido calificado de alto riesgo a última hora a la vista de los festejos organizados por el

Rayo–, el bullicio de la muchedumbre, el sol radiante que alumbraba Mospintoles aquel día... Todo parecía conjurado para ganar la primera de aquella serie de finales que darían con el Rayo en la primera división española.

En el palco VIP estaba la futura alcaldesa con su consorte, dos actores de talla nacional sobradamente conocidos y confesos seguidores del Rayo, López y su cuerpo directivo, los tres presidentes de los equipos madrileños de primera que no quisieron perderse la persuasiva invitación de López, el presidente de la federación madrileña –el de la nacional se había disculpado por un compromiso adquirido previamente–, el presidente de la LFP, el del comité de árbitros... López no había dejado a nadie importante del mundo del fútbol sin invitar, que habían podido acudir porque la liga de primera ya había concluido. Curiosamente no había nadie del sector del empresariado, que nunca faltaban en el palco del Rayo. Después de todo el palco VIP no era demasiado grande so pena de dejar de ser VIP. Pero se habían habilitado convenientemente otros palcos menores para el tejido patronal de la ciudad y sus compromisos.

López estaba tranquilo, relajado, distendido... Se podría decir que incluso estaba ausente, saludando a unos y a otros desde una lejanía indolente. Circunspecto, nadie podría decir que un ápice de nerviosismo circulaba por su cuerpo. Era como si conociera de antemano el resultado.

Comenzó el partido y la afición del Rayo redobló su jaleo. Eran incansables, animando a su equipo durante todo el encuentro lo mismo fuera el resultado adverso o favorable. No se tomaban un respiro. La prensa nacional ya había comparado a la afición del Rayo con la envidiable afición del Athletic de Bilbao, año tras año destacada como la mejor afición de España.

El Rayo había sacado de centro y rápidamente el balón cayó a la banda derecha del ataque. Raudó, el interior subió el balón permutando su posición con el extremo. Piquito y Chili subieron a las inmediaciones del área. El balón cayó a los pies del segundo, quien tras un corto regate chutó a puerta. El portero, que apenas se había ajustado los guantes, no esperaba tan fulgurante comienzo. Su colocación no era la más óptima y no llegó al balón, pero el cuero se estrelló en el larguero. Un lamento enorme se dejó sentir por todo el estadio. Pudo oírse cómo vibró el travesaño, pero el balón cayó a los pies de un lateral que inició rápidamente el contraataque.

El esférico estaba ya en el centro del campo, controlado por el organizador del juego, que abrió el balón a su izquierda, pensando que tras la galopada por aquella banda el interior no llegaría a tiempo. Así fue y la pelota –como es sabido– corría más que los hombres. Control y pase, ahora la bola fue colgada al arco que se extiende delante del área de penal. El delantero centro controló con el pecho en la frontal del área, de espaldas a la portería, se revolvió y soltó un zurdazo que enfilaba rumbo a la escuadra, pero apareció la testa de Meztger que desvió el balón a córner.

La ovación fue de gala para ambos equipos. El partido iba a ser de los de ver de pie, de los de ver en vídeo una y mil veces. En el palco los más imparciales aplaudían. Los otros también. Se botó el córner, que acabó en las manos del portero, que habilitó rápido al lateral izquierdo que ya corría hacia la mediana del campo, cuando aún se hablaba de las dos jugadas iniciales en las gradas y en los palcos.

La tensión no decayó durante diez minutos. Era un partido jugado a la antigua usanza, los ataques habían perdido el respeto a las defensas, un partido jugado a la inglesa, ese fútbol eléctrico que mantiene a los aficionados en pie constantemente.

Y no era para menos. Sólo uno alcanzaría la plaza que daba acceso a jugar la promoción. El empate no le serviría a ninguno, salvo derrota altamente improbable de las otras dos escuadras que optaban a esa sexta posición. El hecho era que tanto el Rayo como su rival de hoy dependían de sí mismos para soñar con el ansiado ascenso.

Pasado el cuarto de hora se notó una baja en el rendimiento del Rayo. Al principio fue inapreciable, pero pasado el ecuador de la primera mitad fue notable que los rivales se anticipaban una y otra vez a los jugadores del Rayo. Incluso Piquito, siempre tan explosivo, había dispuesto de una manifiesta ocasión de gol que marró por entretenerse incomprensiblemente controlando en exceso el balón. Hacia el final de la primera parte se podía decir sin temor a equivocarse que en todas las filas del Rayo reinaba la imprecisión, tanto en el pase como en el control. E incluso parecía que las ideas no estaban frescas.

Los jugadores corrían, eso sí, pero no llegaban a tiempo a ninguna parte. Y llegó el gol en el minuto cuarenta. Metzger, incomprensiblemente, pues había sido destacado a lo largo del campeonato como el mejor defensa de la segunda división, había fallado en su marcaje y el medio-punta fusiló a placer al portero, que ya había cantado en dos ocasiones anteriores sin consecuencias para el marcador.

El público seguía animando, pero empezaban a ser conscientes de la superioridad del otro equipo.

Llegó el descanso y los jugadores del Rayo, todos boqueando sin excepción – salvo el portero–, se retiraron a los vestuarios, más cansados de lo que era habitual. Quizá el excesivo calor les estaba pasando factura. Convendría hidratarse convenientemente en el vestuario.

Iniciada la segunda parte el Rayo pareció recobrase y gozó de una ocasión de gol maravillosamente atajada por el cancerbero rival. A los diez minutos de juego fue evidente que el equipo estaba roto... Lento, impreciso, espeso,

incapaz de llegar al balón, era superado una y otra vez por los rivales, que al cuarto de hora lograron el segundo gol.

Pero aún había capacidad de reacción. El equipo se había sobrepuesto a baches de este tipo en otras ocasiones. Cabía reorganizar las filas e irse a por el empate. Aún había tiempo, y no sería la primera vez en esta temporada que el Rayo superaba en casa un 0-2 marcando el gol de la victoria en el descuento.

Para cuando el árbitro pitó el final del partido el Rayo había encajado un 0-5... Otra manita para acabar la temporada, como la cosechada en el partido inaugural. Esta vez sin el insípido gol de la honrilla.

La decepción se había adueñado hacía tiempo del equipo, e incluso el capitán pidió al árbitro que no descontara nada. Éste se negó y hubieron de apelar al buen criterio del capitán rival para que la cuenta no se engrosara ominosamente.

Rabia, cabreo... y hasta llantos y desesperación en el vestuario del Rayo... Vísperas de mucho, días de nada, reza el refrán. El destino había sido cruel con el Rayo, aupándole a una magnífica clasificación sólo para dejarlo caer al vacío desde lo más alto de su propia historia.

A la salida del estadio se pudieron escuchar todo tipo de comentarios:

- Algo les ha *pasao*. Ha sido *to'* muy raro.
- No eran ellos. No han *jugao* como saben.
- Eso es que les han *envenenao*.
- ¿¡Qué dices!? ¿Cómo les van a haber *envenenao*?
- Una "*envenenación alimentaria*" o algo de eso.
- No veis más que fantasmas. Nos han *pasao* por encima y punto.

Y en otro corrillo cercano:

- Que no, que no eran normales. Si hasta el Metzger estaba fuera del partido.
- Pero no es normal que todo el equipo estuviera *tirao*.
- Pero si empezaron atacando. ¿O ya no os acordáis del comienzo?
- Ya, pero fue un espejismo. Al cuarto de hora ya estaban con la lengua fuera.
- ¡Qué dices! El bajón lo tuvieron en la segunda parte. Echaron el resto en la primera y no supieron dosificar.

Y un poco más allá:

- No es normal que nos metan cinco. No como estaba jugando el equipo.
- Pa'* mí que esa concentración de los cojones los ha jodido pero bien.
- A saber que ha *pasao* allí. Lo mismo se estuvieron tocando los huevos todo el día.
- O al revés... Igual se han *pasao* de entrenamiento, todo día corriendo sin parar para llegar y cagarla el día del partido.

—Es que no están *acostumbrados* a esto de las concentraciones. Eso es para la selección.

En otro grupito:

- El López los ha jodido con su rollo de llevárselos para aislarlos de la gente.
—¡Hombre!, no lo habrá hecho *pa'* joderlos. Que él también ha perdido su pasta. Mira todo lo que ha *montao* antes del partido.
—Bueh, ese lo que pierde por un lado lo recupera por el otro.
—Pero para el hubiera sido mejor subir, que se juega su pasta.
—Debe estar ahora de un cabreo...
—¿Dónde tomamos unas birras?
—Vamos a la plaza del ayuntamiento, que habían puesto una pantalla gigante y habrá gente.
—Bueh, estarán con los ánimos hundidos.
—¡Que va, hombre!, que hay que divertirse, y el año que ya veremos.
—¡Hey!, que estamos en segunda. Quién lo iba a decir hace tres años, ¿eh?
—Y el papelón que hemos hecho este año en segunda, ¿qué, eh?
—Bueno, quitando este partido. Pero que nos quiten lo *bailao*. Que hace un año ya hubiéramos *firmao* para mantener la categoría sin apuros.
—¡¡Vamos!! Alirón, alirón, el Rayo campeón.

La afición, a falta de una victoria deportiva que echarse a la boca, se montó la fiesta por su lado. Pronto se pasa página, que no estamos en un valle de lágrimas para sufrir, y el sentimiento generalizado era el de haber realizado una estupenda campaña. Había que aprovechar la tarde-noche del domingo para divertirse.

¡Alirón, alirón, el Rayo campeón!

* * * * *

Epílogo

Dos días después de la goleada encajada por el Rayo a domicilio, López se llegó hasta el campo de golf de Mospintoles dirigiéndose con prisas a la casa club. Allí entregó un resguardo al empleado para retirar un bulto de la consigna del establecimiento. El empleado le miró inquisitivamente y solicitó ver su DNI: “He de cotejarlo con el número que aparece en el resguardo antes de entregar nada, señor”, le explicó.

López, despreocupadamente, le respondió que no lo llevaba encima. El empleado insistió, y López, visiblemente molesto, le conminó a que le entregara el bulto, “ya que no estamos entre ladrones”, matizó.

El empleado, terco, dijo tener órdenes claras al respecto, y López, un tanto irritado ya, le espetó: “Si quiere conservar su empleo límitese a hacer bien su

trabajo". El empleado, lejos de amilanarse, repuso: "Con todos los respetos, señor, es lo que estoy haciendo en estos momentos".

La situación se volvió tensa y pareció estancarse en este punto, pero el encargado del campo, atento al quite, intervino: tras saludar al cliente llamó aparte al empleado, y sin elevar la voz pero de forma que López pudiera oírlo con claridad amonestó con cierta dulzura al empleado: "La función más importante de su trabajo consiste en guardar discreción; por favor, entregue el bulto al señor, que es persona conocida en esta institución". A continuación se dirigió a López y se disculpó: "Lo siento señor, no volverá a ocurrir".

El empleado regresó de una habitación de acceso privado con una bolsa de deporte. López abrió los ojos desorbitadamente. La bolsa era un artículo de promoción y propaganda con el escudo del rival del Rayo del pasado domingo bien visible en los dos laterales.

Por unos segundos fue patente que López se encontraba algo azorado con la situación. Miró a los dos socios que en ese momento salían de la cafetería y que le habían reconocido. Pero como no es hombre que se deje arrastrar por la zozobra, sin dar importancia a la situación explicó en voz alta: "Un intercambio institucional... debían haber sido más prudentes, pero hay quien no sabe guardar las formas... Señores, tengan todos ustedes muy buenas tardes".